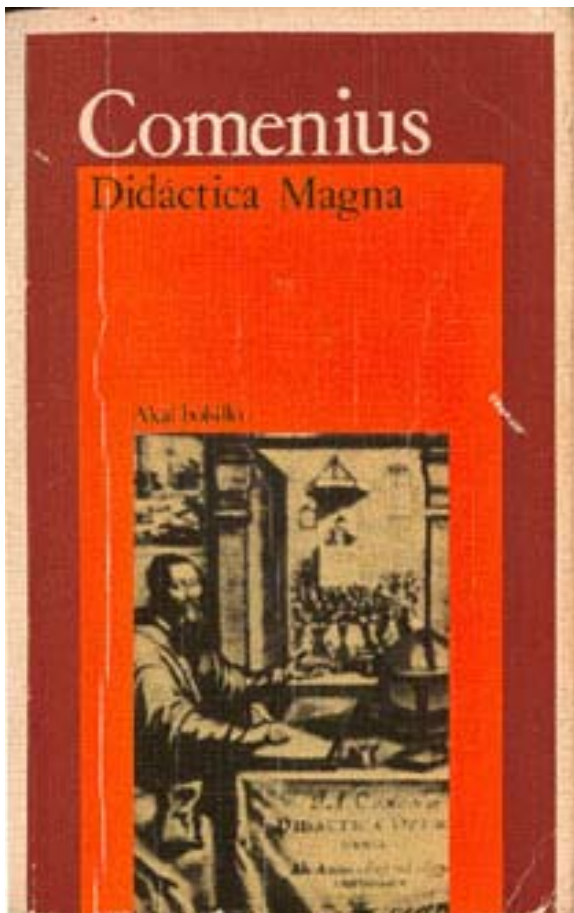


# DIDÁCTICA MAGNA

**JAN AMÓS COMENIUS**



AKAL

Madrid, 1986

Este material se utiliza con fines  
exclusivamente didácticos

---

## ÍNDICE

<b>Cronología</b> .....	5
<b>Introducción</b> .....	8
<b>Capítulo primero.</b> El hombre es la criatura postrera, la más absoluta, la más excelente de todas las criaturas ....	25
<b>Capítulo II.</b> El fin del hombre está fuera de esta vida .....	27
<b>Capítulo III.</b> Esta vida es tan sólo preparación de la vida Eterna .....	32
<b>Capítulo IV.</b> Conocerse, regirse y encaminarse hacia Dios, tanto a sí propio como todas las demás cosas con uno mismo, son los tres grados de la preparación para la Eternidad .....	36
<b>Capítulo V.</b> La naturaleza ha puesto en nosotros la semilla de los elementos antedichos (erudición, virtud y religión) .....	41
<b>Capítulo VI.</b> Conviene formar al hombre si debe ser tal .....	55
<b>Capítulo VII.</b> La formación del hombre se hace muy fácilmente en la primera edad, y no puede hacerse sino en ésta.....	61
<b>Capítulo VIII.</b> Es preciso formar a la juventud conjuntamente en escuelas .....	66
<b>Capítulo IX.</b> Se debe reunir en las escuelas a toda la juventud de uno y otro sexo .....	71
<b>Capítulo X.</b> La enseñanza en las escuelas debe ser universal .....	75
<b>Capítulo XI.</b> Hasta ahora hemos carecido de escuelas que respondan perfectamente a su fin .....	82
<b>Capítulo XII.</b> Las escuelas pueden reformarse para mejorarlas .....	88
<b>Capítulo XIII.</b> El fundamento de la reforma de las escuelas es procurar el orden de todo .....	101
<b>Capítulo XIV.</b> El orden que establezcamos para las escuelas debemos tomarlo de la naturaleza; y ha de ser tal, que ninguna clase de obstáculos pueda alterarle .....	106
<b>Capítulo XV.</b> Fundamentos de la prolongación de la vida .....	112
<b>Capítulo XVI.</b> Requisitos generales para aprender y enseñar. Esto es: De qué modo debemos enseñar y aprender con tal seguridad y necesariamente hayan de experimentarse	

los efectos .....	120
<b>Capítulo XVII.</b>	
Fundamentos de la <i>facilidad</i> para enseñar y aprender .....	138
<b>Capítulo XVIII.</b>	
Fundamentos de la solidez para aprender y enseñar .....	154
<b>Capítulo XIX.</b>	
Fundamento de la abreviada rapidez en la enseñanza .....	173
<b>Capítulo XX.</b>	
Método de las ciencias en particular.....	197
<b>Capítulo XXI.</b>	
Método de las artes .....	208
<b>Capítulo XXII.</b>	
Método de las lenguas .....	217
<b>Capítulo XXIII.</b>	
Método de las costumbres .....	226
<b>Capítulo XXIV.</b>	
Método de inculcar la piedad .....	232
<b>Capítulo XXV.</b>	
Si queremos reformar las escuelas conforme a las normas verdaderas del cristianismo, hemos de prescindir de los libros de los gentiles o, por lo menos usarlos con más cautela que hasta el presente .....	245
<b>Capítulo XXVI.</b>	
De la disciplina escolar .....	265
<b>Capítulo XXVII.</b>	
De la división de las escuelas en cuatro especies conforme a la edad y aprovechamiento .....	272
<b>Capítulo XXVIII .</b>	
Idea de la escuela materna .....	277
<b>Capítulo XXIX.</b>	
Idea de la escuela común .....	284
<b>Capítulo XXX.</b>	
Bosquejo de la escuela latina.....	293
<b>Capítulo XXXI.</b>	
De la Academia .....	301
<b>Capítulo XXXII.</b>	
Del orden general de las escuelas rectamente guardado .....	308
<b>Capítulo XXXIII.</b>	
De los requisitos necesarios para comenzar la práctica de este método universal .....	317

---

## INTRODUCCIÓN

Por Mariano Fernández Enguita

Las personalidades en la historia, como las desgracias en la conciencia popular, nunca vienen solas. Por más que la historiografía nos las pueda presentar después como surgidas *ex nihilo* o que, como los profetas, tengan que buscar acogida fuera de su tierra, representan, por así decirlo, condensaciones del tiempo histórico que les ha tocado vivir, y ése es precisamente su gran valor. Comenio no es una excepción, de modo que su figura no puede ser cabalmente apreciada al margen de una valoración ponderada de lo que supuso la Reforma religiosa en materia de educación.

Efectivamente, la enseñanza recibió en los albores de la Edad Moderna tres grandes impulsos de dimensión histórica. El primero proviene del Renacimiento, con su prolongación en el humanismo. El segundo, de la Reforma protestante. El tercero, en fin, de la Contrarreforma católica, cuyo principal ariete, los jesuitas, emplearon como medio de acción privilegiado la enseñanza. Se puede discutir hasta qué punto se prefigura entonces la escuela actual, pero está fuera de dudas que surge o se consolida en buena proporción el que todavía hoy es el discurso dominante en materia de educación.

El Renacimiento fue menos importante para la enseñanza de lo que suele pensarse, al menos en el terreno de las realizaciones materiales. Reanudó el hilo interrumpido con la cultura antigua, produjo unos pocos tratados de educación y favoreció el surgimiento de algunas escuelas que habrían de servir total o parcialmente como modelos a seguir, al menos idealmente, por los siglos posteriores. Pero, transcurrido el primer impulso, las escuelas modelo se desvanecieron, los tratados se olvidaron y la vuelta a la cultura antigua quedó reducida a un culto abstracto de las lenguas muertas, fardo del que la educación europea tardaría todavía siglos en librarse. No obstante, le seguimos debiendo la recuperación de la idea de una formación humana integral y la revalorización del saber. Respecto de la primera, es cierto que se trataba de un ideal de uso restringido a las clases urbanas acomodadas, pero no lo es menos que el propio Engels no encontraba mejor referencia que la renacentista al buscar un ejemplo histórico de lo que podría ofrecer la formación integral, así como que muchos de los actuales buenos propósitos pedagógicos no han logrado ir más lejos. Respecto a lo segundo, Simmel y Von Martin han indicado acertadamente el paralelismo que une en el Renacimiento al dinero y el saber como dos factores capaces de legitimar una visión meritocrática de la sociedad en oposición al viejo orden estamental cerrado y estanco.<sup>1</sup>

Sin embargo, el impulso de la Reforma es enormemente mayor y más palpable. Los principios de libertad de conciencia y sacerdocio universal exigían, por su propia lógica, que todos y cada uno fueran capaces de leer las Sagradas Escrituras, al menos en la misma medida en que los ordenamientos jurídicos modernos exigen la  *fictio juris*  de que todos y cada uno seamos capaces de conocer las leyes. “Lo que los cristianos tienen que hacer ahora es entregarse con celo a la lectura de la Sagrada Escritura”<sup>2</sup>, afirma Lutero en su escrito *A los magistrados de todas las ciudades alemanas para que construyan y mantengan escuelas cristianas*, cuyo título es lo bastante elocuente por sí mismo. Los padres son designados en principio responsables de la educación de sus hijos, pero “la mayor parte ( ... ), por desgracia, no está capacitada para este menester”<sup>3</sup>. Por esta razón se imponen tanto la necesidad de la escuela como la competencia de las autoridades laicas en materia de educación. Así, la lógica religiosa de la Reforma confluye con las necesidades políticas de los príncipes alemanes, para quienes, en pugna con el Papado y el Imperio, la enseñanza es una auténtica golosina. Lutero santifica este interés: “El consejo y la autoridad ( ... ) tendrán que ver que a ellos compete el cuidar de la mejor forma posible de los jóvenes.”<sup>4</sup>

El escrito *A los magistrados...* no es el único en el que el monje alemán se preocupa por la enseñanza: insiste en el tema, por ejemplo, en los *Sermones sobre el Decálogo*. Pero serán otros reformadores religiosos quienes protagonizarán, más que Lutero, esta campaña por la educación; es el caso –y resulta significativo que podamos incluir en este capítulo a los principales animadores de la Reforma– de Melancton, Zwinglio, Calvino y Knox.

La labor educativa más vasta es la de Melancton, que imparte clases en la universidad de Wittenberg y en una escuela privada que mantiene en su propio domicilio, convierte la citada universidad en el centro de estudios del protestantismo, reorganiza la de Heildelberg, organiza las nuevas de Margburg, Könisberg y Jena, escribe numerosos libros de texto que continuarán utilizándose a lo largo de dos siglos,

---

<sup>1</sup> Cf. Georg Simmel, *La filosofía del dinero*, IEP, Madrid, 1977, pp. 416, 547 *et passim*; A. von Martin, *Sociología del Renacimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, pp. 58-62.

<sup>2</sup> M. Lutero, *Obras*, Sígueme, Salamanca, p. 225.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 200.

<sup>4</sup> *Loc. cit.*

organiza el sistema escolar sajón, pone en pie los cimientos de un sistema de enseñanza secundaria, mantiene correspondencia sobre la reorganización de la educación con cincuenta y seis ciudades e inspira en su conjunto el posterior sistema escolar alemán; labor toda ella que le valió el título de *Praeceptor Germaniae*, “educador de Alemania”. No obstante, se distingue por su indiferencia hacia el problema de la educación popular. En cuanto al contenido de la enseñanza, combina el humanismo y el protestantismo –en perjuicio del primero.

Zwunglio escribe el primer tratadito sobre educación desde una óptica protestante, *La educación cristiana de los Jóvenes*, pero en él no se registra ninguna aportación digna de mención.

Calvino, que había impartido clases en el *Gymnasium* de Strassburg dirigido por Johan Sturm, uno de los colegios modelo de la época, afirma en las *Ordenanzas Eclesiásticas* que prepara para la ciudad de Ginebra, tras volver de su exilio, la conveniencia de que los niños puedan aprender “las lenguas y las ciencias seculares” como preparación para el ministerio religioso y para los cargos civiles<sup>5</sup>. Para poner en práctica esta empresa educativa, de carácter eclesiástico, humanístico y minoritario, funda el *Collège de la Rive* en colaboración con Maturino Cordier. Desde su primera estancia en Ginebra, en fin, se preocupa de organizar cierta instrucción popular, creando numerosas aunque insuficientes escuelas elementales.

El proyecto más ambicioso de todos los presentados por los reformadores fue el de John Knox, dirigente religioso escocés muy influido por Calvino. En su *First Book of Discipline* propone erigir un sistema escolar enteramente universal en su base, garantizando el acceso de los hijos de los pobres y la continuidad en él de los más capacitados mediante ayudas económicas, estando el sistema todo bajo control eclesiástico, en la línea del reformador ginebrino. La propuesta, como era de esperar, no fue aceptada por el Parlamento ni por la Iglesia escoceses<sup>6</sup>.

El desarrollo ulterior de la aplicación de las ideas de la Reforma en materia de educación corresponde ya a los educadores prácticos, entre los cuales destacan. Trotzendorf, Sturm, Neander y Cordier, o a autores posteriores como Ratke y Comenio.

La lógica misma de las preocupaciones educativas de los reformadores permite deducir claramente tanto su alcance como sus límites infranqueables:

- para responder a las ideas de sacerdocio universal y libertad de conciencia, la instrucción ha de ser igualmente universal, lo que implica la creación de escuelas populares;
- pero para leer las Sagradas Escrituras, o para poder suponer que se leen, no hacen falta demasiadas luces, con lo que la instrucción universal se reduce a las primeras letras y queda claramente diferenciada y cortada de la formación humanística impartida en las escuelas para las clases ricas;
- para cumplir eficazmente sus propósitos y ser rápida, la enseñanza ha de ser, al menos en lo fundamental, en lengua materna, o más exactamente en la lengua nacional, sin que ello implique el abandono de las lenguas clásicas, que siguen primando en los gimnasios a los que acuden los hijos de las clases altas;
- habiéndose renunciado al aparato eclesiástico, y porque así conviene también al buen entendimiento entre los reformadores religiosos y los príncipes y la burguesía alemanes, la enseñanza ha de ser puesta bajo el control de las autoridades laicas (Calvino es la excepción en este punto);
- sobre esa triple base de la lengua nacional, el control laico y el espíritu reformista, en fin, la educación se configura con un fuerte carácter nacional.

## II

Jan Amos Komenský, o Komenského, o, latinizado, Comenius, Comenio, no es, en principio, sino uno de los muchos “metodizadores” que tanto abundaron en la primera mitad del siglo XVII por los estados alemanes reflejando, con sus limitadas preocupaciones, reducidas al método y la organización en el sentido más estricto, la estrechez de miras general. Nacido en el año 1592 y fallecido en el 1670, perteneció a la Unidad de Hermanos Moravos, orden religiosa de inspiración originariamente husita. La pobreza que le acompañó en su exilio polaco y, probablemente, la mala educación que él mismo había recibido en su infancia, le llevaron a tener que recurrir a la enseñanza y a preocuparse intensamente por su reorganización. Dejó múltiples escritos, desde pequeños ensayos sobre diversos temas hasta una serie de libros de texto entre los que destacan *La escuela de la infancia*, compuesta de seis libros para los seis años que según él debía

<sup>5</sup> W. Boyd y A. J. King, *Historia de la Educación*, Huemul, Buenos Aires, 1977, p. 180.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, pp. 181-183.

durar esa etapa de la educación; la *Puerta abierta de las lenguas (Janua Linguarum Reserata)*, enseñanza ordenada del latín sobre la base de 8.000 vocablos escogidos y construcciones gramaticales de complejidad creciente; la *Puerta de las cosas (Janua Rerum)*, un intento similar de abarcar el saber en general que quedó incompleto, y *El mundo en imágenes (Orbis Sensualis Pictus* o, simplemente, *Orbis Pictus*), una prefiguración de las modernas cartillas escolares. Su obra más importante y comprensiva, sin embargo, es la que aquí presentamos, la *Didáctica Magna*.

Algunas de sus obras menores, particularmente la *Janua Linguarum* y el *Orbis Pictus* se mantuvieron vigentes hasta prácticamente el siglo XIX. La *Didáctica Magna*, en cambio –tal vez por estar perdida entre la edición de su obra completa que el propio Comenio, haciendo gala de una previsión que resultó no serlo tanto, preparó al final de su vida–, se vio relegada al olvido hasta su tardío rescate por Fröbel.

Pero lo que hace a Comenio merecedor de un lugar en la historia del pensamiento educativo y pedagógico es precisamente esta obra. Aun cuando, en el mejor estilo de la época, contiene un inmenso recetario, en ella se destila y se hace explícita una verdadera filosofía o concepción general de la educación, y esto es lo que le separa y le sitúa por encima del resto de los metodizadores, incluido Wolfgang Ratke, que ya había adelantado muchas de las cuestiones planteadas por Comenio.

En su pensamiento se resumen influencias bastante diversas que van desde los elementos más avanzados del luteranismo alemán hasta el humanismo renacentista, y, en particular, Bacon (a quien debe la importancia dada a la “experiencia”), Bruno y Campanella (que ya habían intentado conciliar el idealismo místico con el realismo científico). En el plano más estrictamente pedagógico debe mucho al citado Ratke (Ratichius, Ratichio), a Lubin, Bodin, Vogel, Frey, de Andrea, etc., y a otra fuente patente pero, sin embargo, nada confesable: los jesuitas.

Resulta difícil conciliar el misticismo y el sensualismo del autor. En el universo, tal como lo concibe Comenio, el orden lo impregna todo, lo explica todo, lo pone en movimiento, conserva cada cosa en su sitio. “Todas las cosas dependen de un único orden”. El hombre, a su vez, es un “compendio del universo”, un “microcosmos”, un mundo en miniatura. Luego, si el ser humano “encierra dentro de sí cuanto por el mundo aparece esparcido”, si tan fielmente lo reproduce y si el conocimiento, siendo Dios incognoscible, ha de ser conocimiento de ese universo, nada hay de extraño en que de ahí se pase a la afirmación de que aquél lleva en su interior todas las potencialidades del saber. La prueba de ello está para Comenio en los autodidactas, en los que han aprendido con la sola ayuda de la naturaleza. El hombre no solamente trae ya consigo los principios, sino, igualmente el deseo inmanente de saber y trabajar. Sin otros factores disturbadores podría alcanzar todo el conocimiento con el único auxilio de la naturaleza. Salta a la vista la similitud de esta idea con la del “maestro interior” de S. Agustín y Santo Tomás.

Por desgracia para los mortales, sin embargo, el pecado original les ha privado de esa facultad cognoscitiva espontánea. Ahora, en el estado de pecado, para saber algo hay que aprenderlo. La naturaleza da al hombre las semillas de la ciencia, la honestidad o la religión (fines de la educación), pero no la ciencia, la virtud y la religión mismas. Esta semilla, nos explica el religioso moravo, se malograría por sí misma, como lo demuestra el caso de los niños salvajes recogidos y criados por fieras. La educación convierte en acto lo que el pecado de Adán dejó reducido a potencia.

La pedagogía de Comenio presenta también, sin embargo, otro punto de partida: el sensualismo. “La verdad y la certeza de la ciencia no estriban más que en el testimonio de los sentidos”. Con ello nuestro autor, si bien deudor de Bacon, anticipa un planteamiento que sólo posteriormente, con Locke y Helvecio, cobrará toda en fuerza en el pensamiento pedagógico.

Es obvio que existe cierta incongruencia entre los dos polos de este doble punto de partida, la concepción mística del universo y el hombre y el sensualismo. De aquélla se desprende que el universo debe ser considerado en primer término como un todo (no en vano su clave es el orden), vale decir que el conocimiento y su adquisición deben ir de lo general a lo particular, y no al revés. Esta ordenación aparece repetidamente en los consejos de Comenio sobre el método. Del segundo, en cambio, debería desprenderse precisamente lo contrario: que el conocimiento y el aprendizaje han de ir de lo sensible a lo razonado, esto es, de lo particular a lo general, esquema del que también se encuentran numerosos ejemplos en su obra. Por otra parte, mientras que de la citada concepción mística derivan de modo espontáneo el inmanentismo, el esencialismo, la visión de la educación como desarrollo de potencialidades interiores preexistentes, etc., del sensualismo podría e incluso debería derivar la afirmación del carácter de acción externa de la educación, su función de inculcación.

La primera antinomia, en el método, se da repetidamente en Comenio manifestando cierta incoherencia, pero resolviéndose siempre en favor del primer término, es decir, en favor de la visión globalizadora que parte de lo general para llegar desde ahí a lo particular (otra cosa es que lo “general” de

Comenio sea más bien lo abstracto): así corresponde al indudable mayor peso que tiene la concepción religiosa y mística del universo y el hombre en nuestro autor, en comparación con el sensualismo. La segunda antinomia, en la filosofía de la educación, no aparece ni puede aparecer de forma abierta en el discurso comeniano, porque la concepción mística del universo y el hombre como órdenes perfectos y acordes entre sí, como un solo orden en realidad, no es otra cosa que la teorización del orden existente como orden inmutable, natural, eterno, tan cara a las clases dominantes de todos los tiempos. Por consiguiente, no se trata de demostrar el carácter natural de lo que existe, sino pura y simplemente de tomar lo que existe por lo natural. Para lo cual basta con atribuir al hombre o al educando como potencialidades justamente aquellos comportamientos que la sociedad espera de él.

De este carácter ambivalente del pensamiento pedagógico de Comenio deriva el que se le haya podido considerar simultáneamente un precursor del “globalismo” y de la “lección de cosas”. “Enseñar todo a todos y totalmente”, rezaba el lema de su *Didáctica Magna*, y de este “totalmente” siempre presente en su idea de que los niños perciben antes lo general que lo particular –como indica una y otra vez en su recetario metodológico–, así como de su insistencia en la importancia del orden cósmico y en que las cosas sólo pueden ser comprendidas dentro de dicho orden, deriva el que se haya podido ver en él una versión temprana del moderno globalismo.

Más obvia es su defensa de algo bastante parecido a la “lección de cosas”, que procede de su opción sensualista. Comenio critica a la escuela contemporánea y anterior a él, el hecho de haber antepuesto las palabras a las cosas, de haber obligado a los alumnos a luchar con palabras sin cosas. La “regla de oro” del enseñante, a la que bautiza como “autopsia”, consistirá en que “todo se presente a cuantos sentidos sea posible”, en que “es necesario que el conocimiento empiece siempre por lo 's sentidos” ( ... ) ¿Por qué, pues, ha de darse comienzo a la enseñanza con la narración verbal y no mediante la inspección de la cosa? ( ... ). Si se quiere engendrar en los alumnos verdadero y exacto conocimiento de las cosas hay que procurar que la enseñanza toda sea por medio de la propia intuición y de la demostración sensual. “En esto estriba todo; hay que enseñar a los hombres, en cuanto sea posible, a que sepan, no por los libros, sino por el cielo y la tierra, las encinas y las hayas... Todo debe deducirse de los principios inmutables de las cosas ( ... ) No se debe enseñar nada por la mera autoridad, sino que todo debe exponerse mediante la demostración sensual y racional ( ...)” A falta de cosas, cuando éstas no sean accesibles se recurrirá a las imágenes –he aquí el por qué del *Orbis Pictus*.

No son éstos los únicos aspectos notables de la pedagogía de Comenio. Hay que destacar, al menos, la insistencia en una enseñanza ordenada gradualmente de lo fácil a lo difícil, el énfasis en la utilización de la lengua materna, la eliminación de los castigos físicos de la enseñanza propiamente dicha y su circunscripción al área de la conducta, la importancia dada a mostrar a los alumnos la utilidad práctica de lo enseñado, la propuesta de un sistema de enseñanza mutua, la idea de autonomía y suficiencia de cada nivel de instrucción y el espacio abierto para cierto reconocimiento de la especificidad de la infancia. En todo caso, bastaría aligerar un tanto la carga de citas bíblicas y borrar el nombre del autor de la portada para que resultara difícil distinguir, al menos en una lectura apresurada, la *Didáctica Magna* de más de un tratado de educación de la primera mitad de nuestro siglo.

### III

Educación y pedagogía, normalmente, imaginan tener su propia historia. Los grandes sistemas escolares de hoy no serían sino el resultado final de un largo proceso iniciado con las escuelas atenienses o con la reunión de unos niños alrededor de algún anciano de la tribu. Desde entonces hasta hoy, los más preclaros educadores habrían pugnado más o menos regularmente por la universalización de la enseñanza, por su adecuación a la espontaneidad del niño, por su vinculación a la práctica, etc., etc. Si el monopolio confuciano del saber, las discusiones sobre el sexo y el lenguaje de los ángeles en las universidades medievales o la tremenda explotación del trabajo infantil en los albores del capitalismo industrial parecen romper de toda evidencia esa continuidad, se los descarta como accidentes o imposiciones sufridas por la escuela. Así, nos debemos dar por enterados de que nuestro concepto del hombre proviene de la antigüedad greco-romana (donde la mayor parte de los hombres eran esclavos) o de que el cristianismo siempre ha desarrollado una labor educadora (cuando destruyó todo el aparato escolar y la cultura del Bajo Imperio romano).

Así, también, se puede ver en Comenio a un abogado no ya de la escolarización universal, sino incluso de la igualdad entre hombres y mujeres o hasta de la coeducación de pobres y ricos<sup>7</sup>, casi como si se tratara de un Ferrer i Guardia.

Es cierto que del papel asignado por Comenio a la educación, prepararnos para ganar en esta vida la vida eterna, deriva, como de uno de los aspectos más importantes de su obra pedagógica, la afirmación de que la educación debe ser universal. En el subtítulo de la edición original de la *Didáctica Magna* figuraba la divisa: “Enseñar todo a todos”. En el capítulo XI, la pretensión se amplía: “Todo a todos y totalmente”. Se queja de la realidad de las escuelas existentes en su tiempo: “Donde existen escuelas no son juntamente para todos, sino sólo para algunos pocos, los más ricos, en realidad; porque siendo caras, los pobres no son admitidos a ellas, a no ser en algún caso, por la compasión de alguno”.

Pero si la educación es necesaria para que en el paso por esta tierra podamos ganar la vida eterna, entonces todos necesitan de ella por igual. Comenio insiste en que deben ser educados ricos y pobres, señores y súbditos, hombres y mujeres, inteligentes y estúpidos. Al afirmar esto, Comenio se hace portavoz de las tendencias de su tiempo en los planos económico (hacia formas de producción más complejas que hacen necesario en general un nivel mínimo de conocimientos), jurídico, político, ideológico (hacia una sociedad de clases que busca una legitimación meritocrática en el marco de la igualdad formal jurídica y, más tarde, política) y estrictamente religioso, (recuérdese lo dicho sobre la Reforma y la necesidad de expandir, al menos, las primeras letras).

Sin embargo, esta universalidad en la recepción de la educación presenta pronto sus límites, que no son otros que los de las pretensiones y la concepción del mundo de la burguesía. Comenio quiere la educación para todos, pero solamente hasta cierto punto. Quiere que los pobres vayan también a la escuela, pero tan sólo a sus dos primeros niveles, maternal y común –el primero de los cuales sólo mediante una ficción puede ser llamado escuela, pues se trata de la educación familiar–, o sea, hasta los doce años; el tercero, la escuela latina, queda reservado para los más capaces y, desde el momento en que no se alude a la forma de obtener los medios para asistir, a los que dispongan por sí mismo de ellos; el cuarto y último, la academia o universidad, es exclusivamente para “la flor de los hombres”. Cuando se pregunta a sí mismo “¿cómo se conseguiría que los hijos de los pobres pudieran asistir a las escuelas?”, se responde, tras pensárselo mucho, que “el eje de todo este asunto depende únicamente de la preparación de los libros panméticos”, es decir, de los librillos para ilustrar a las madres en sus funciones educativas. La universalidad de la base, por otra parte, está ligada a la posterior selectividad. Comenio anticipa la actitud de quienes todavía hoy, periódicamente, se horrorizan ante la perspectiva de una selección demasiado temprana para concluir a renglón seguido que retrasándola un par de años todo quedará en orden. “Parece excesiva ligereza”, nos dice, “determinar a los seis años la vocación de cada uno para las letras o para los oficios, porque todavía en esa edad no se han manifestado la capacidad del entendimiento ni la inclinación del espíritu”.

También el acceso de las mujeres a la enseñanza es, después de todo, limitado. No niega Comenio explícitamente el acceso de las mujeres a los ciclos superiores de la enseñanza, pero puede inferirse. “Las escuelas inferiores, la maternal y la común, educarán a la juventud de uno y otro sexo; la latina, principalmente, a aquellos adolescentes que aspiran a algo más que a los oficios; y las Academias formarán a los Doctores y futuros formadores y guías de otros, para que no falten nunca rectores aptos en las iglesias, escuelas y negocios públicos”. Nótese que el énfasis en los dos sexos desaparece tras los niveles “inferiores”, y recuérdese que el lugar de las mujeres no estaba entonces en “algo más que los oficios”, sino en el hogar, en la iglesia y con los niños (*Kuche, Kirche und Kinder*, dicen los alemanes), tanto menos en papeles “rectores”. Al propio Comenio le falta poco para repetir el dicho: “nosotros pretendemos educar a la mujer no para la curiosidad, sino para la honestidad y santidad. Y de todo esto lo que más necesario le sea conocer y poder, ya para proveer dignamente al cuidado familiar, como para promover la salvación propia, del marido, de los hijos y de la familia”. No es que nos desilusione no encontrar en Comenio a un feminista radical y convencido, pero aun esto valdría más que la desafortunada prontitud de algunos autores a felicitarse por haber encontrado un pedagogo que ¡oh, ya en la primera mitad del siglo XVII! podría ser proclamado defensor de la educación igual de los sexos.

Un especialista en educación como George Snyders atribuye a Comenio –a diferencia de Ratke, que admitía explícitamente la posibilidad de que a los niños pobres, al ser admitidos en la escuela, se les exigiesen ciertos trabajos– la pretensión de crear una escuela única e incluso de llegar a la coeducación de clases. Esto exige ciertas matizaciones. Es cierto que Comenio prevé la existencia de un único aparato escolar, pero esto no predetermina la existencia de un único tipo de escuelas en cada nivel.

---

<sup>7</sup> G. Snyders, en M. Debesse y G. Mialaret, *Historia de la pedagogía*, Oikos-tau, Barcelona, 1974, vol. II.



No habla de ningún tipo de contraprestación a exigir a los niños pobres escolarizados, pero tampoco dice nada sobre de dónde saldrán los medios para escolarizarlos, salvo una invocación final a los poderosos que es totalmente genérica y no se refiere al tema. Por lo demás, es sabido que, aunque los franceses tiene la fea costumbre de considerar que su escuela es una escuela “única”, no han faltado autores que han demostrado que tal unicidad solamente existe para la pequeña minoría que sigue sus estudios hasta el final de la universidad, o, dicho de otro modo, que existe de hecho *otra* escuela para esa inmensa mayoría que abandona poco después de la primaria o de la primera mitad de la secundaria para incorporarse al trabajo<sup>8</sup>. Huelga decir que la citada minoría era mucho más minoritaria en la época de Comenio.

Según Snyders, “Comenio no teme establecer una escuela única, de los seis a los trece [debería decir doce, MFE] años, en la que se encuentran en pie de igualdad tanto los que harán latín como los que están destinados a las profesiones manuales”; y, para dar más fuerza al argumento, añade: “Además, esta vida en común de niños salidos de medios diferentes es provechosa para todos: es una ocasión para que se alienten, se estimulen y se afinen mutuamente”<sup>9</sup>. Aunque Snyders no indica de dónde saca esto, no hay duda de que procede del siguiente paso: “Igual razonamiento es aplicable a la juventud: si se pule y se estimula antes, unos serán pulidos y estimulados por los otros para que todos aprendan todas las cosas”. El problema consiste en que el paso citado pertenece a un párrafo en el que Comenio hace frente a una de las objeciones que supuestamente podrían presentar los adversarios de la escolarización general, y comienza así: “Dirás: Es que hay entendimientos tan obtusos que no es posible inculcarles nada. Y yo te contesto”: etc., etc. En suma: Comenio se refiere a la coeducación de los “inteligentes” y los “estúpidos” y apunta hacia una especie de enseñanza mutua. En ningún caso existe un proyecto de coeducación de clases.

La universalidad de Comenio tiene una segunda dimensión. No basta enseñar a todos, hay que enseñarles “todo y totalmente”. “Puesto que toda la vida depende de la primera edad y de su educación, se habrá perdido si todos los espíritus no fueran aquí preparados para todas las cosas de la vida. (...) En las escuelas deberán enseñarse a todos cuantas cosas hacen referencia al hombre completo, aunque unas hayan de ser después de mayor uso para unos que para otros”. La enumeración de las materias que debe comprender la escuela maternal resulta verdaderamente apabullante: metafísica, física, óptica, astronomía, geografía, cronología, historia, aritmética, geometría, estática, mecánica, dialéctica, gramática, retórica, poesía, música, economía, política, ética (compuesta por: templanza, limpieza, veneración, obediencia, veracidad, justicia, caridad, trabajo, silencio, paciencia, cortesía y urbanidad), religión y piedad. Nos encontramos ante el ideal pansofista en todo su esplendor. La diferencia entre los sucesivos ciclos de enseñanza, según Comenio, no ha de estar en las materias que en ellos se traten, que serán todas en todos, sino en la intensidad y el detalle con que se traten. Esto se justifica también por otras razones pedagógicas: de este modo, en cada grado posterior, todo les será familiar por haber recibido ya los rudimentos en otro anterior.

Pero también aquí hay que matizar que las formulaciones generales de Comenio van más allá que sus propuestas prácticas. Así, tras el rosario de materias de la escuela maternal, podemos detenernos en los objetivos del siguiente grado, la escuela común (seis a doce años), primera escuela propiamente dicha: “El fin y el objeto de la escuela común es que toda la juventud entre los seis y los doce años (o trece) se instruya en todo aquello cuya utilidad abarca la vida entera. Esto es: I. Leer con facilidad y expedición el idioma propio ( ... ). II. Escribir, primero despacio, luego más deprisa, y, por último, con propiedad ( ... ). III. Numerar cifras y operaciones para las necesidades comunes. IV. Medir ( ... ) longitudes, latitudes, distancias, etc. V. Cantar melodías muy conocidas ( ... ). VI. Saber de memoria la mayor parte de las salmodias e himnos sagrados ( ... ). VII. Además del Catecismo sepan al dedillo las historias y principales frases de toda la Sagrada Escritura ( ... ). VIII. Retengan, comprendan y empiecen a practicar la doctrina moral ( ... ). IX. Respecto al orden económico y político sólo deben saber lo suficiente para darse cuenta de lo que ven hacer diariamente en la casa y en la ciudad. X. No deben ignorar las generalidades de la historia de la creación del mundo, su pérdida y su restitución y el sabio gobierno de Dios en él hasta el día. XI. Aprenderán lo principal de la Cosmografía, la redondez del cielo ( ... ), la extensión del Océano ( ... ), Reinos, ciudades, montes, ríos, etc. XII. Por último, deben conocer lo más general de las artes mecánicas ( ... )”.

Se nos perdonará lo largo de esta última cita, pero era necesaria para ver la estrechez relativa de este programa de la escuela común frente a la amplitud del de la escuela maternal. En el primero aparecía enumerado prácticamente todo el saber humano de la época, con la metafísica en cabeza, seguida de las ciencias naturales; en el último, leer, escribir y contar vienen seguidos de salmos, cantos, máximas catequéticas, etc., apareciendo sólo al final de la historia, la cosmografía y las artes prácticas. ¿Por qué esta

<sup>8</sup> Cf. Ch. Baudelot y R. Establet, *La escuela capitalista en Francia*, Siglo XXI, Madrid, 1976.

<sup>9</sup> G. Snyders, *op. cit.*, p. 67.

diferencia? ¿Por qué no al revés, un programa menos pretencioso en la escuela materna y uno más amplio en la escuela común? Sencillamente porque la escuela materna no pasa de ser para Comenio un castillo en el aire a resolver con sus libros panméticos.

Ahora bien, a medida que la “pansofía” es reducida a sus justos términos, el enseñar a todos “todo y totalmente” cobra un nuevo aspecto, mucho más interesante aunque resulte menos bicólico, y que devuelve a Comenio a las filas de los precursores. Efectivamente, lo que surge es la idea de lo que hoy se denomina frecuentemente una “enseñanza progresiva” por oposición a una “enseñanza propedéutica”. Si bien desde el punto de vista de quienes arriban a la cumbre del sistema educativo tiene sentido que las etapas anteriores sean concebidas como preparatorias de las posteriores y que, por consiguiente, no tengan ninguna pretensión de completud, desde el punto de vista de quienes no van a pasar, como mucho, de la escuela común, tal ordenación de la enseñanza carecería de sentido. Para que la educación sea eficaz en todos los órdenes, cualquiera que sea la idea que se tenga de ella o de sus objetivos, los distintos niveles han de ser autosuficientes –nada de lo que en ellos se haga debe resultar inútil a falta de un ulterior desarrollo. Con su pansofía, Comenio soluciona expeditivamente el problema que se plantea a una escuela que, nacida para educar únicamente a los vástagos de las capas superiores de la sociedad, llamados a una escolarización prolongada, se dispone a acoger a los hijos de los “pobres”, que sólo pasarán en ella un período reducido. No necesitamos extendernos sobre este meritorio realismo.

#### IV

El que no podamos proyectar sobre Comenio nuestras obsesiones de hoy, en fin, no le resta valor en absoluto. Algo debe de haber en este pedagogo al que Boyd y King califican como “un gran educador en una época de pequeños maestros”, Compayré como “El Bacon de la pedagogía”, Michelet como “El Galileo de la educación”, René como “el primer gran pedagogo de los tiempos modernos”, Luzuriaga como “el creador de la didáctica en un sentido realista”, Mantovani como “el precursor de la educación del pueblo”, Caló como “el primero en haber querido dar a la pedagogía las características de una verdadera ciencia”, Leibniz como “ciudadano del mundo” al que “vendrá el tiempo en que una multitud de hombres de bien le honrará y honrará, no solamente sus obras, sino también sus esperanzas y sus deseos”. Jean Piaget ha escrito de él: “La actualidad más sorprendente de Comenio está en haber asentado los fundamentos de la educación para todos los hombres y para todos los pueblos; y, lo que es más asombroso, en haber planeado la organización internacional de la instrucción pública en la forma como la realiza hoy la Unesco. Comenio es considerado como un gran precursor de los designios contemporáneos de colaboración internacional sobre el terreno de la educación, de la ciencia y de la cultura. Al escribir su *Didáctica Magna*, Comenio contribuyó a crear una ciencia de la educación y una técnica de la enseñanza, como disciplinas autónomas. Comenio es de esos autores que no es necesario corregir para modernizarlos, sino que basta solamente con traducirlos”<sup>10</sup>.

Algo exageradas nos parecen algunas de estas afirmaciones, al menos las que dan a entender que, con Comenio, la pedagogía pasó a ser taxativamente una *ciencia*. No cabe duda, en cambio, de dos cosas: que la sistematización llevada a cabo por Comenio es un hito en el surgimiento de la pedagogía como *disciplina* autónoma, para bien y para mal; y que, en fin, buena parte de la pedagogía sigue dando vueltas alrededor de los problemas levantados por Comenio. Respecto de lo segundo, ya hemos apuntado algunas cuestiones y dejamos el resto al buen juicio del lector. En cuanto a lo primero, basta echar un vistazo a la historia de la pedagogía para ver que una empresa de la dimensión de la *Didáctica Magna*, semejante intento de pensar sistemáticamente la educación y sus técnicas, carecía de precedentes y tardó en encontrar una continuación.

Problemas como la enseñanza en lengua materna –o, para ser exactos, en lengua nacional, que no es lo mismo– o la gradación y ordenada organización de los estudios ya habían sido suscitadas por los reformadores y por los metodizadores, las órdenes religiosas –particularmente los jesuitas– y los colegios modelo renacentistas y humanistas, respectivamente. No así otras como la revalorización de la experiencia o la importancia de un aprendizaje fácil para el alumno.

Por último, si bien el tema de la universalización de la enseñanza en la base ya había sido puesto en un plano preeminente por los primeros reformadores religiosos y su coro de pedagogos, y si bien la propia universalidad pretendida por Comenio presentaba unos límites confusos pero de existencia evidente a los que ya hemos aludido, también en este terreno se sitúa muy por delante del conjunto de los reformadores. Piénsese, por ejemplo, que mientras Comenio reclama una escuela común de seis años de duración a tiempo completo, Lutero se limitaba a pedir, para las clases no aristocráticas, que “los muchachos acudan una o dos

---

<sup>10</sup> J. Piaget, *La actualidad de Comenio*, UNESCO, 1957.

horas cada día a esas escuelas, y que el resto del tiempo estén ocupados en casa aprendiendo un oficio manual o aquello a lo que se les piensa destinar ( ... ). Y lo mismo con las muchachas: disponen de tiempo suficiente para acudir una hora diaria a la escuela y poder emplearse después en la casa”